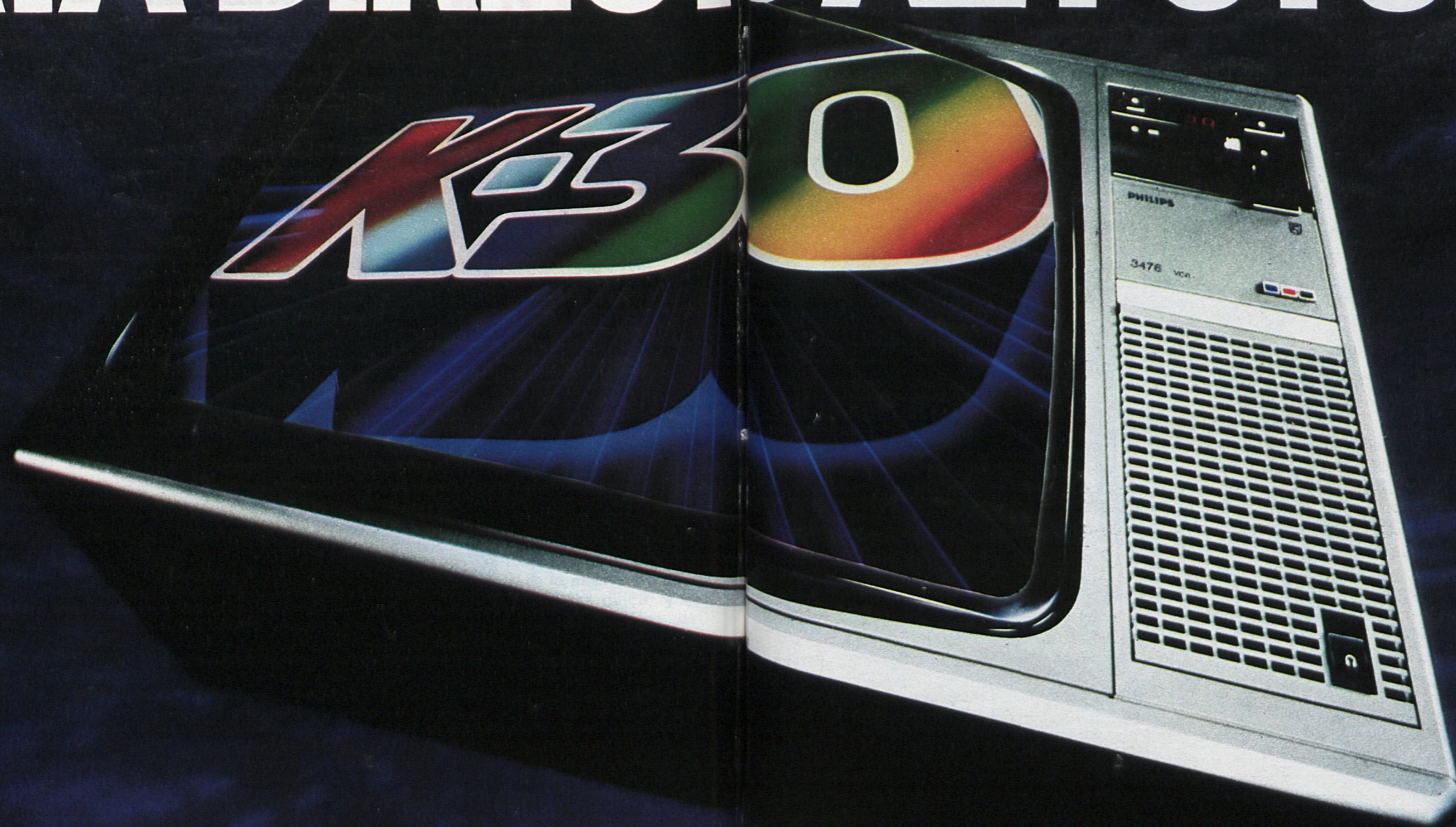


VAYA DIRECTO AL FUTURO



TV PHILIPS K-30

Estamos en el umbral de una nueva era en el campo de la Televisión en Color, que nos proporcionará excitantes novedades.

Comprar un simple Televisor es cosa del pasado.

En esta nueva era, las aplicaciones de un Televisor Color, experimentarán un importante giro llegando a ser la base de un amplio sistema de comunicaciones audiovisuales.

Por eso, los nuevos Televisores Color Philips K-30, están especialmente preparados para este excitante futuro.

No se quede atrás. Vaya directo al futuro. Compre un Televisor Color Philips K-30 para estar siempre al día.

PHILIPS



El nº1 de los Farias



Farias nº1

 Tabacalera

El totem en la dehesa

(Los toros en el campo)

Por BERNARDO VICTOR CARANDE



MUCHO se ha escrito de todas las maneras posibles, bucólica, literaria, orgiásticamente, sobre la vida de los toros bravos en el campo. Y mucho se debiera escribir, que escribir sobre los toros bravos en el campo —y aun sobre los mansos, que los hay— es escribir sobre España, ese tema tan frecuentemente tabú para los españoles, según parece ser el país menos patriota que se conoce. Por eso el escribir hoy sobre un tema tan propio, tan nuestro, tan olvidado, me parece de una acuciante actualidad, a finales casi, ya, del presente siglo. Ahondando por estas veredas y menesteres nos podemos volver a encontrar con la mejor integridad de mucha patria nuestra, toda esa extensa y extendida que está, mesetas arriba, sierras abajo, llanadas adelante, donde estaba, exactamente entre ciudad y ciudad. Los tiempos actuales son, manifiestamente, mucho más ciudadanos que campesinos, y acaso por serlo así, así les va.

Hace poco más de un siglo nació en Sevilla Fernando Villalón, el poeta que quiso ser ganadero (de toros bravos por el campo) de tronío. Se compró una ganadería, famosa y fiera, la de Adalid, y se la llevó a las marismas, a **La Ciñuela**, después de vendida **La Reunión** (el principio de su ruina según su biógrafo y pariente, Manuel Halcón), la mejor finca de olivar del término de Morón.

"LA CONSAGRACION DE UNA FILOSOFIA"

El toro bravo en el campo es la consagración de toda una filosofía natural de vida. La agricultura hoy se pretende como un menester estructurado para un espacio sincrónico, sin comprender que no existe una sola agricultura, sino muchas agriculturas, acaso una por cada término, finca o lugar. Y el toro bravo (o manso), pero el toro (y el ganado cualquiera, estante, extensivo, cual lo califican los técnicos), tiene un papel a desempeñar en tal actividad. Donde se

conciertan, de manera unánime, las condiciones del predio, el clima y su potencial riqueza y economía a rentabilizar.

Totem de la Dehesa lo ha llamado Gerardo Diego al toro bravo, con su cántabra agudeza y filial taurinidad. Gerardo ha escrito, como Villalón, como Alberti, y hasta Rubén Darío (y tantos otros), bellos versos sobre la vida del toro bravo en el campo:

"... Yo era el robusto
señor de la planicie, donde
el aire
mi bramido llevó... yo erraba
un tiempo en el gran mar
de verdes hojas..."

dijo el nicaragüense.

En mis correrías taurinas he visto muchos toros bravos por el campo, casi de leyenda. Los he visto nobles, como un encierro de Alvaro Domecq, en Los Alburejos, que pese a que se le rompiera un eje al volquete desde donde los fotografiaba, y cayera entre ellos, nada hicieron por embestirme, sino todo lo contrario; enamorados co-

mo "Madrilito", el semental que comprara a Atanasio Manuel D'Assunção Coimbra, rodeado de bellas vacas bravas; y dóciles, como un toro de nueve años de la ganadería de Soler, con el que el rejoneador Louceiro entrenaba todas las tardes, y luego volvían por la mangada, en amor y compañía, a pie, el jinete, el toro, el caballo y un servidor.

Debiera ser España más española. Y una de las maneras de serlo estaría en comprender, reemprender y justipreciar el papel de esas actividades agrarias tradicionales que desperdigadas por nuestros campos, siempre a merced de sus propios destinos, sin ayuda (sin ayuda quiso ser Villalón ganadero de los toros más bravos de su tiempo y se arruinó), escuchan, conociéndolo, aprovechándolo, el terreno, sabiendo darle lo que merece (¿qué cosa más bella que un toro bravo por el campo?) y sacar de él su más valioso fruto.

La bravura de un país singular.

Goya en los toros

Por **MARIANO NAVARRO**

El tema es eterno, porque la visión goyesca de la Fiesta lo es también. Mariano Navarro retoma la cuestión en unas líneas. Pero, seguramente, somos todos nosotros los que, con algún sosiego, debemos volver a esos grabados, estampas sociológicas y psicológicas de una manera de ser español.

Mariano Navarro es periodista y jefe de la Sección de Cultura de "El Socialista". Anteriormente ha trabajado en Televisión y es un gran aficionado al mundo de los toros.

Al espectador, las láminas del genial artista no le seducirán tanto el Goya erudito como ese otro, súbitamente rejuvenecido, que torna a Zaragoza y devuelve a su mirada las valientes hazañas y momentos de gloria que vivió en la plaza".

No parece despropósito al que escribe invitar al lector paciente a que vea de nuevo las estampas taurinas grabadas por Goya,

porque cree que, además de todo lo demás que una mirada atenta puede advertir en ellas, hay ahí, aherrojado en lo más primigenio del hecho humano trocado en líneas por Goya, el minucioso diario del descubrimiento de un sueño de la razón soñado por algunos humanos: la lidia.

Al hilo de las sucesivas láminas se siguen, como se ofrece en el preámbulo, "los principios, progresos y estado actual de las fiestas de toros en España" a la fecha de 1815 y 1816 en que fueron grabadas. Pero no es sólo de su posible aportación a la Historia de donde obtendrá el espectador el saber y beneficio que en ellas se anudan. Es

más: contemplándolas no le seducirá seguramente tanto el Goya erudito que busca en su memoria un lance con el que ilustrar una idea, como ese otro, súbitamente rejuvenecido que, en alas del recuerdo, torna a Zaragoza y devuel-

ve a su mirada las valientes hazañas y los momentos de gloria que vivió en la plaza. No le emocionará tanto el ilustrado que razona la corrida

como el aficionado que llora, surcando acero, la muerte del legendario Pepe-Hillo.

Dice don José Ortega y Gasset que "Goya tiende a darnos de la figura real lo que ésta es en el momento de aparecérsenos", y esta voluntad es la que uno quisiera para sí cuando enfrenta su mirada a la "figura" que "aparece" en el ruedo cuando torero y toro la componen.

Drama con traza de relámpago que acontece entre el hombre (inevitablemente provisto de herramientas) y el animal (herido y provocado por ellas) y que yéndose señala más hondamente su brevísima presencia. Fugacidad y po-

tencia de una imagen en familiaridad con lo sagrado que convoca —en un mismo punto y un mismo momento únicos— a los creyentes.

Esa misma página de Ortega, antes citada, incluye algo más que, aunque referido al arte de la pintura, dice mucho al que contempla la suerte: "El drama consiste en pasar algo de su ausencia a su presencia, el dramatismo casi místico del 'aparecer'".

En los grabados de Goya, ese imprevisto aunque premeditado "aparecer" que cita el torero se muestra evidente, representado en el instante justo que al-

canza perfección y en el que al aficionado ya no le importan ni las anacrónicas indumentarias de los héroes del drama ni sus peculiares trastos —lanzas, arpones, grilletes, mesas, sillas...—, ni la interpretación en ocasiones circense de algunos lances que en aquel entonces exploraban todavía las primeras rutas de su destino.

Esa presencia de la razón donde la razón estaba ausente, esa precipitación del momento en que el encuentro obra justicia que conmueve la razón del espectador no son —no pueden serlo al menos en aquellas estampas que nos provocan más hondos con-

vulsiones— los únicos argumentos goyescos.

EL PINTO EN LA PLAZA

Don Francisco, para ver bien los toros y para sentirlos a su gusto, tiene que estar —liberado de la sordera— sentado entre el respetable, en pagana comunión con él, visualmente arrastrado por sus emociones, herido por idéntico espanto al que le sobrecoge cuando el asta penetra en la carne sorprendida del torero.

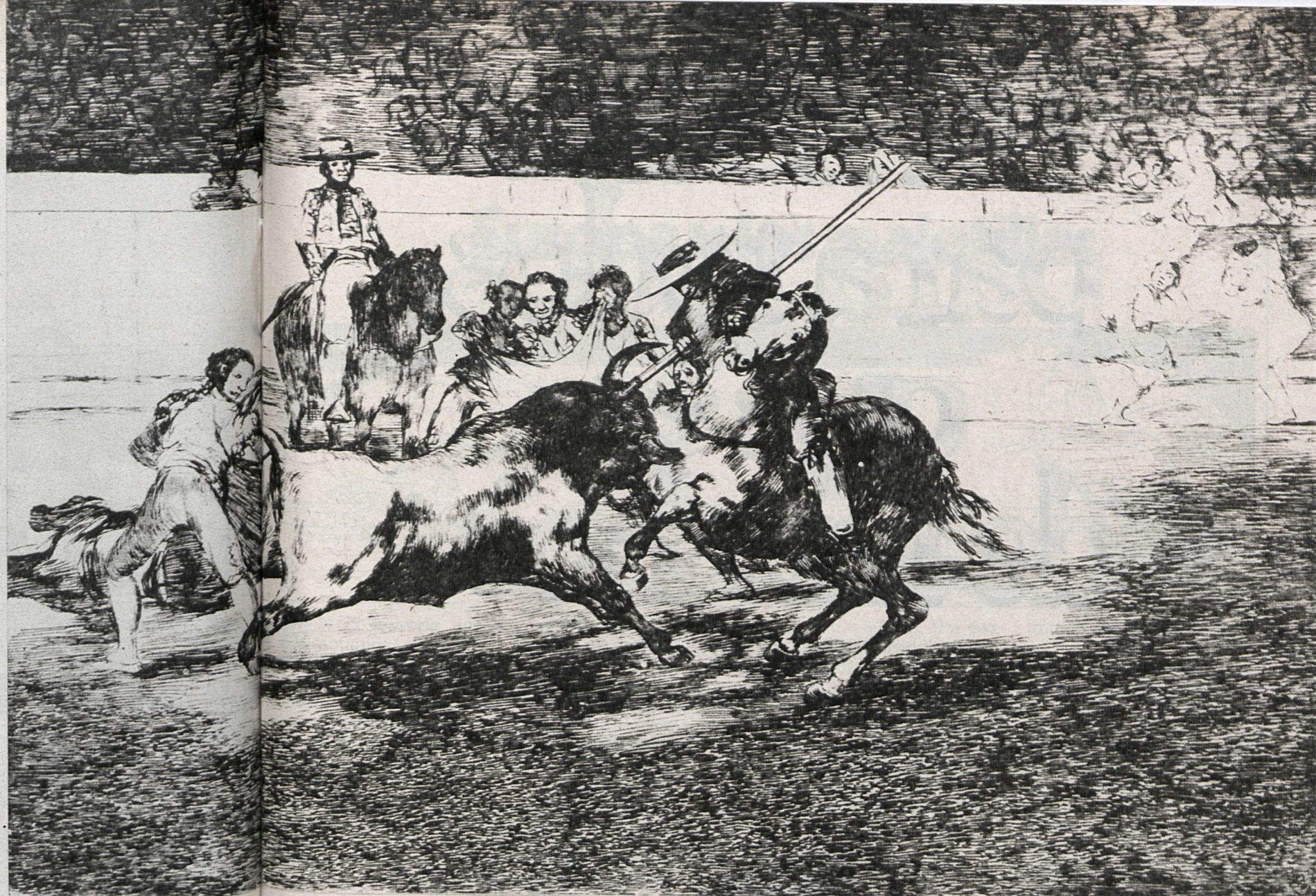
La presencia del gentío,

que dibuja los límites humanos del acontecimiento, no puede ser "representada" si no es con el dramático "aparecer" de su movimiento colectivo que "repite", ante el cite, su "respuesta" colectiva diaria al drama, la sangre y la tragedia con que nos cita la vida.

Ramón Gómez de la Serna, con su mirar acostumbrado, nos señala que Goya incluyó en el ruedo "unos grupos de gentes inactivas, replegadas contra la barrera, como multitudes que fuesen cogidas por el toro en un callejón sin salida" —grupos que nos amedrentan desde su reino rayado de sombras y que,

sin embargo (y he aquí el único viso, con la fuerza brutal de la mejor analogía, de que el Goya que graba la Tauromaquia no es el Goya que asistía a la corrida, sino al Goya de la posguerra)—. "¿Qué hacen ahí sobrecogidos y aglomerados en los rincones de la plaza? ¿Cómo están ahí? Sobrecogidos, apañados como un conjunto de víctimas de fusilamiento".

Ultimo eslabón con Goya, pues, ese hacer que los lances más sagrados de la vida de los hombres en nación se den, como "aparecidos" en el ruedo y "representados" por los tendidos.



Un Banco para todos, que es de muchos.

Vd. puede ser accionista de un gran banco.

*Un Banco como el Banco Central que es expresión de firmeza
y rentabilidad.*

*Un Banco que cuenta actualmente con más de 250.000 accionistas.
Una propiedad altamente repartida al servicio de una comunidad a la que
todos pertenecemos.*

*Un Banco que extiende su gestión por todo el mundo desde 20 países
y cuyas acciones se cotizan a nivel internacional.*

*Un Banco con mucha base... y mucha altura que, siendo
ya de muchos, también puede ser de Vd.*



BANCO CENTRAL
Su Banco amigo.

